

en la mano, buscaba un hombre en la mitad del día, y nosotros nos parecemos á él.»

Más vale pecar por las exageraciones del carácter, que por aquella suavidad y blandura excesivas á que se acogen los seres sin fuerza ni vigor. Venga la aspereza del valor moral, aun con todas sus inconveniencias, antes que esa *urbanidad* miserable, que se acomoda á todo y junta en un solo campamento las tiendas del bien y las del mal. En estos tiempos se busca la comodidad á todo trance; se anhela vivir en un mar de leche y en un lago de miel, hasta el punto de sacrificar las propias ideas y lo más sagrado de los sentimientos, por amor de la paz y por una menguada caballerosidad. ¡Triste condición la de esos hombres que no aman ni su propia honra y que, por miedo á los demás y por amor á una paz mal entendida, se privan de tener programa, en lo público y en lo privado! De esta enfermedad del carácter proceden los partidos que se llaman hoy *moderados*, las situaciones indefinibles, las componendas y transacciones, en que se forma una penumbra de verdad que engaña, y se dan abrazos que valen para los pueblos tanto como una caricia del verdugo. En estos tiempos de debilidad y miedo, casi todos los males proceden de que el carácter ha desaparecido ante una cultura que transige hasta con el absurdo.

Si el cuerpo para fortalecerse exige privaciones y fatiga, el alma para desarrollar debidamente sus facultades y adquirir carácter, necesita, con mayor razón, someterse á la dura ley del vencimiento, sin el cual nada útil se puede obtener. El cultivo de las ciencias, la sujeción de la voluntad á la ley divina y humana demandan continua abnegación: por esto es preciso acostumbrar al hombre desde la infancia á doblegar sus pasiones y á comer no sólo el pan material sino también el intelectual, con el sudor de su frente. De este modo podrá adquirir la preciosa dote del carácter.

## CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO. EL ESTÍMULO Y LA GLORIA.

1. La juventud en la vida de acción. — 2. El estímulo y el amor á la gloria. —
3. Obligación de referir los actos á Dios. — 4. La religión y la patria. —
5. El patriotismo es virtud cristiana. — 6. El apostolado seglar. — 7. El apostolado seglar en algunas naciones de Europa. — 8. Para amar y defender á la Iglesia es preciso conocerla: su misión en el mundo. —
9. Beneficios que la Iglesia ha hecho en todas partes.

**1. La juventud en la vida de acción.**—Educado convenientemente el joven, provisto de carácter y de amor al trabajo, nutrida su inteligencia con la verdad y fortalecido su corazón con el bien, debe poner en ejercicio las facultades que posee y empeñarse en cumplir la misión que le corresponde. En la vida presente tiene el hombre que ejercitar sus aptitudes y esforzarse en obrar el bien. La sociedad es campo de acción; hay que luchar, hay que vencer ó sucumbir. El hombre ostenta en su frente cierto sello de majestad que revela su superioridad sobre los demás seres del mundo visible y la alteza de su destino; destino que, para ser alcanzado, exige constantes esfuerzos contra los tenaces enemigos del alma.

Cada cual ha de ansiar por ser útil á los demás, mediante el ejercicio de las dotes que ha recibido de Dios; y cuando entre éstas descuellan el talento y el ingenio, el campo que se presenta á la acción del joven es vasto y halagüeño. Intactas y en todo su vigor las fuerzas del espíritu, puede trabajar con ahinco y realizar obras de importancia, siempre que comunique á sus facultades el impulso debido. La cabeza y el corazón son dóciles en los primeros años de la vida, y reciben sin dificultad la simiente benéfica de la verdad y las saludables impresiones de la virtud, por cuanto la imagen de Dios está más viva en el alma.

**2. El estímulo y el amor á la gloria.**—El hombre procede en sus actos impulsado por algún móvil ó fin. Ahora bien, aun cuando el principal móvil de la actividad humana debe ser el cumplimiento de la ley divina y la consecución de nuestro inmortal destino, esto no excluye que existan otros



móviles secundarios que, subordinados al principal, ejercen influjo en nuestra alma. Tales son, entre otros, el estímulo y el amor á la gloria.

No hay duda que es fácil abusar de entrambos y convertirlos en pábulo del orgullo y de la ambición, como de ordinario acontece; pero también es cierto que convenientemente dirigidos y sin infracción de las prescripciones divinas sirven de poderoso aguijón para el trabajo, sobre todo en la edad juvenil.

La juventud, en efecto, aspira á lo grande, á lo bello, á lo prodigioso; y á la consecución de sus ideales se lanza con entusiasmo febril. Vivir en el recuerdo de los hombres, sobresalir entre los demás, distinguirse por algún hecho memorable, es de ordinario el anhelo constante de la juventud. Como observa Bossuet, la reputación y la nombradía son para el joven como una segunda vida: imagina que la gloria preserva al hombre de los estragos del tiempo, de la indiferencia y olvido de los demás, y le acompaña á la mansión misma de la eternidad. Los ensueños de gloria concurren en la edad infantil á la flor de nuestra adolescencia.

Á medida que el hombre avanza en la jornada de la vida y que el hielo de los años va doblándole hacia el sepulcro, las ilusiones se desvanecen, se patentizan la vanidad é insuficiencia de los bienes presentes, porque *toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno: secóse el heno y su flor se cayó al instante*<sup>1</sup>. Á pesar de todo, la esperanza le lleva sobre ese campo agostado hacia soñadas bienandanzas. En la edad viril, y mucho más en la vejez, juzga con mejor criterio de las cosas y distingue la gloria verdadera de la falsa; por lo que puede con más acierto buscar la primera. Sobre todo el hombre virtuoso, persuadido de la inestabilidad de las cosas terrenas, no ambiciona la gloria del mundo, sino otra gloria estable, incomparablemente superior á la que aquí se nos ofrece, á saber, la eterna. Esta gloria se obtiene mediante la posesión de Dios y los goces de la visión beatífica.

<sup>1</sup> «Omnis caro ut fenum, et omnis gloria eius tamquam flos feni: exaruit fenum, et flos eius decidit» (1 Petr. 1, 24).

Y como Dios conoce nuestras tendencias y aspiraciones, nos estimula al cumplimiento de su ley santa con la oferta del premio perdurable. *Inclínate mi corazón*, dice el Profeta Rey, *á la práctica perpetua de tus justísimos mandamientos, por la esperanza del galardón*<sup>1</sup>.

Si el estímulo y el amor á la gloria ejercen positivo influjo en el joven, á tal punto que sin ellos desmaya en el trabajo y cae en la inercia, conviene que los padres y maestros se apoderen de esta poderosa fuerza de acción para encarrillarla y ennoblecerla, como también para depurarla de la escoria de la vanidad y la altanería, que suelen debilitarla y destruirla; conviene que con frecuentes y oportunas recompensas, con torneos científicos y literarios, con la afición al trabajo y el buen comportamiento de los unos contrapuestos á la desidia y mala conducta de los otros, estimulen á los hijos y discípulos á cumplir sus deberes domésticos y escolares, á ejercitar con esmero todas sus facultades, á sobresalir entre los demás por la cultura intelectual, á no darse tregua para asegurar un hermoso porvenir, á ser principalmente exactos en la observancia de los divinos preceptos, á fin de conseguir la eterna dicha.

**3. Obligación de referir los actos á Dios.**—Para que el estímulo y el amor á la gloria sean provechosos, es preciso dirigirlos bien y encerrarlos dentro de ciertos límites. El hombre en sus actos debe buscar en primer término á Dios, á quien de derecho corresponde el fruto de su trabajo; por lo que la gloria que pueda obtener en la tierra, debe referirla ante todo al Soberano Hacedor. No ha de olvidar el hombre que cuanto tiene es don de Dios; por lo que, aun cuando haga obras dignas de alabanza, se ha de gloriar en Dios y no en sí. *El que se gloria gloríese en el Señor*, dice San Pablo<sup>2</sup>. Mucho bien hace Dios en el hombre sin el hombre; pero ningún bien hace el hombre que no lo haga Dios, afirma el Concilio Arausicano<sup>3</sup>. «Dios (lo ha dicho

<sup>1</sup> «Inclinavi cor meum ad faciendas iustificationes tuas in æternum, propter retributionem» (Ps. CXVIII, 112).

<sup>2</sup> 2 Cor. X, 17.      <sup>3</sup> Cap. 20.



Herbet<sup>1)</sup> quiere la gloria para sí, por la misma razón que quiere el orden, y el orden eterno é inmutable exige que cada ser ocupe el lugar que le corresponde; y como el puesto supremo corresponde exclusivamente á Dios, resulta que Él debe ocupar el primer lugar en nuestras intenciones y que todo debe referirse á Dios, como á fuente y origen de toda perfección. Pero hay hombres soberbios que prescinden de Dios en sus actos, que hacen de su persona el centro único de su actividad y que ponen su nada en frente de la infinita perfección del Soberano Ser: los que así proceden obran injustamente, contrarian el orden y van en pos de una gloria inícuo y falsa, reprobada por la fe y la sana razón.»

Subordinadas las acciones á la primera causa, puede el hombre ambicionar la verdadera gloria. Dios lo ha formado perfectible; quiere que trabaje, que se esfuerce, para bien del prójimo, en acrecentar el caudal de sus conocimientos. En buen hora que el joven, impulsado por una noble emulación, aspire á sobresalir entre los demás y á segar laureles en el campo del saber y del honor; en buen hora que ambicione un puesto distinguido en la sociedad y ponga en ejercicio sus nobles prendas; pero no olvide la dirección definitiva de sus actos, y sepa que no los elogios, sino el cumplimiento de las obligaciones impuestas por Dios ha de ser el móvil primordial de la actividad humana. «Si algo me consuela», decía el malogrado Federico Ozanam (cuya vida fué corta, pero fecunda en buenas obras), «al abandonar para siempre el mundo antes de realizar lo que yo deseaba, es que jamás he trabajado por atraerme elogios sino por el servicio de la verdad y por satisfacer un deber de conciencia.»<sup>2)</sup> «El genio y el talento», observa un biógrafo de este hombre ilustre, Ch. A. Ozanam<sup>3)</sup>, «son dones que la Providencia distribuye según su beneplácito. Nadie puede glorificarse sin injusticia y sin orgullo. Al hombre no corresponde sino el uso de estos preciosos dones, tesoro que Dios le confía para que lo haga

<sup>1)</sup> El Kempis meditado y explicado.

<sup>2)</sup> Vie de F. Ozanam, por Ch. A. Ozanam.

<sup>3)</sup> L. c.

fructificar, refiriendo á Él la gloria. Á la consecución de este sublime ideal han aspirado todos los grandes cristianos, cuya inteligencia y corazón han sido enriquecidos por Dios.»

Por esto los santos, que son el tipo de la más alta perfección moral, no han buscado la honra del mundo, sino antes bien han procurado ocultarse y desaparecer, en cierto modo, para referir sólo á Dios la gloria de sus actos y cuidar de que se conozca mejor y brille la maravillosa y sabia intervención de la Providencia en el mundo. Ellos, como dice Mons. Hulst<sup>1)</sup>, «estuvieron dominados por una pasión extraña y nueva, por la pasión de la obscuridad, del oprobio y del desprecio. Pero Dios, que no se deja vencer en generosidad, los ha enaltecido aun en la tierra, con una gloria incomparablemente superior á la que el mundo ofrece á sus héroes, cumpliéndose la máxima divina de que *la humildad es el principio de la verdadera gloria*.

**4. La religión y la patria.**—Muchos son los deberes que el hombre tiene como criatura racional; pero entre todos, los más sagrados son los religiosos. Aun la simple razón nos manifiesta que el hombre no procede del acaso, sino que debe la vida á una causa primera, que le dotó de facultades nobilísimas, le dictó leyes para su perfeccionamiento y le señaló un fin conforme á la dignidad de su naturaleza.

Al conjunto de relaciones que median entre Dios y el hombre, se da el nombre de *religión*, la cual es el lazo invisible que une á la criatura con su Hacedor, y se ocupa en lo que más interesa á aquella, en esta y en la otra vida. Por esto, no ha habido pueblo, por salvaje que sea, que no tenga religión; esto es, que no reconozca un ser supremo, á quien se debe rendir tributo de amor y de veneración; que no admita algunas creencias como comunicadas de lo alto, y que no acepte ciertos principios inmutables para la dirección de los actos humanos. Aun el paganismo aseguró, por medio de uno de sus filósofos, que era más fácil encontrar edificios sin cimientos, que pueblos sin religión.

<sup>1)</sup> Introducción á la vida de San Juan Bautista de la Salle.



Por medio de la religión mantiene el hombre una comunicación íntima é incansante con Dios. Ella le consuela en los sufrimientos, ilumina su inteligencia en la investigación de muchísimas verdades, fortalece su voluntad en la práctica del bien y le conduce, por entre el mar tempestuoso del mundo, al puerto del gozo sempiterno.

La religión, como madre cariñosa, arrulló á la humanidad desde su cuna; y Dios ha cuidado, por medio de ella, de enseñar al hombre cuanto le es indispensable saber para la consecución del fin á que lo destinara. Es cierto que la malicia humana ha tenido la audacia de rechazar la religión verdadera é inventar otras falsas, que ni agradan á Dios ni perfeccionan al hombre; y por eso debe éste inquirir cuál es la verdadera, para seguirla y defenderla.

No se puede hablar de religión sin referirse á la Iglesia católica, fundada por Jesucristo y constituida por Él única depositaria de las verdades reveladas. Como la patria es nuestra madre temporal, la Iglesia es nuestra madre espiritual, encargada de comunicarnos la vida sobrenatural. Debemos, por tanto, amarla, respetarla y obedecerla, con filial sumisión y rendido acatamiento.

La religión comprende tres partes: el dogma, la moral, y el culto, que contienen un conjunto de verdades especulativas y prácticas, que ilustran la inteligencia, dirigen la voluntad en el ejercicio del bien, y le indican la manera de honrar á Dios. Todas tres son importantísimas, se auxilian mutuamente, y forman el grandioso edificio de la religión revelada.

El siglo XIX fué el siglo de la apostasía y del racionalismo, de las humillantes transacciones con el error, y de la apoteosis de la materia. «Los ataques contra la religión cristiana», observa Mons. Dupanloup<sup>1</sup>, «renacen hoy más violentos y numerosos que nunca. La impiedad esgrime sus armas y renueva la polémica: el protestantismo atacó sobre todo á la Iglesia, el volterianismo impugnó sobre todo al cristianismo: hoy se ataca todo, los dogmas y las verdades

<sup>1</sup> Cartas sobre la educación intelectual.

naturales, toda filosofía como toda religión, toda fe como toda razón.»

Corresponde, de derecho, á la juventud cristiana emprender una *crusada* contra la incredulidad y el indiferentismo modernos, y combatir los sistemas absurdos y los sofismas propalados contra la religión verdadera; á fin de que, vencidos los enemigos de Dios, beban todos de las aguas vivificantes de la verdad católica. En esta hermosa labor reemplará la juventud sus fuerzas, prestará inapreciables servicios á la sociedad, y obtendrá gloriosos triunfos.

Después de la religión, la patria. El amor á la patria es tan natural, que con razón se le puede calificar de innato en el hombre. La patria encierra en sí cuanto atrae las simpatías del corazón humano, á saber: la porción de tierra en que vimos la primera luz, el hogar en que se deslizaron los gratos días de la infancia, los amigos con quienes compartimos nuestros juegos inocentes, los árboles que vimos crecer en el huerto paterno y á cuya sombra solíamos descansar, los montes que contemplamos desde niños, el campanario que nos invitaba á la plegaria, el río cuyas aguas nos embelesaron. El recuerdo de la patria está, pues, íntimamente ligado al afecto dulce y tierno que profesamos á nuestros padres, al gratísimo recuerdo de nuestros hermanos y conocidos, al del templo donde aprendimos á orar y sentimos las primeras fruiciones de la virtud: en una palabra, á cuanto produce y despierta en el alma emociones tiernas, puras y delicadas.

Si todo esto encierra la patria, es indudable que la juventud, de suyo noble y generosa en sus sentimientos, debe amarla y tributarle una especie de culto. Tan acendrado es el amor al suelo nativo, que en todos los países se califica de hijo desnaturalizado al que se rebela contra él; pero para que este amor sea más vivo y fecundo, para que esté bien dirigido, hay que hermanarlo con la virtud y fundarlo en ella.

*Religión y patria* son dos cosas inseparables. No ha habido ni habrá pueblo alguno en el mundo en que el patriotismo no haya sido inspirado, fortalecido y consagrado por la idea



religiosa. Y la razón es sencilla. Sólo la religión nos impulsa á menudo al menosprecio de los bienes presentes y aun á la pérdida de la vida, cuando esto último nos lo exigen ciertos deberes sagrados; sólo ella nos estimula, con la esperanza de un premio eterno, á servir con generosidad y espíritu de sacrificio á la patria terrestre, para hacernos después moradores de la patria celestial.

«Á los que han encontrado la dicha, que son muy pocos, la religión dice: *hay cosas mucho mejores*. Á los que aman, y cuyo corazón destilaría sangre si tuviesen que abandonar acaso para siempre á la esposa é hijos idolatrados, la religión les anuncia: *los encontraréis*. Sólo en estas condiciones se puede cumplir con valor y heroísmo el deber en el campo de batalla, y aun sacrificar la vida; porque para el cristiano no es la muerte el fin extremo, el fin de todo.

«Por el contrario, para el ateo, para el librepensador, la vida humana es todo, y más allá de la tumba no hay nada. Estos hombres no quieren, por lo mismo, exponerse á la muerte; y cuando este fin lúgubre se divisa en el horizonte, se alejan de él prudentemente, y con razón. ¿Por qué el librepensador sacrificará la vida si cree que no la ha de recuperar? Sería locura é insensatez poner en riesgo la existencia si después de ella no hay cosa alguna que esperar. Así él no quiere morir por la patria. La disminución gradual y la pérdida de la religión conducen á los pueblos á una irreparable decadencia.»<sup>1</sup>

«¡La patria y la Iglesia!» exclama Mons. Ireland<sup>2</sup>: «La primera, símbolo de los intereses de este mundo, y la segunda de los intereses del cielo. La patria abriendo los caminos á la Iglesia, y la Iglesia bendiciendo y ennobleciendo á la patria: ambas tan bellas y tan sublimes, que el que ama á la una no puede dejar de amar á la otra, puesto que ambas han sido establecidas por Dios: la patria, siguiendo las leyes ordinarias de la naturaleza; la Iglesia, por el hecho de una dispensación inmediata de la misericordia divina; entrambas

<sup>1</sup> *Casagnac*, citado por el autor del «Cours d'instruction religieuse».

<sup>2</sup> Panegírico de Juana de Arco.

tienen derecho, á nombre del Altísimo, de recibir el tributo de nuestro tierno afecto y de nuestros leales servicios.

«La patria simboliza para el hombre cuanto hay de más querido y precioso. El instinto natural nos lleva á amar á la patria; la religión nos impone esto como un deber y le presta la consagración del cielo. El amor á la patria viene después del amor á Dios; la familia y el individuo le ceden el paso.

«A medida que desaparecen del mundo las ideas elevadas, verdaderas fuentes de amor y de entusiasmo generoso, el patriotismo pierde el vigor y la facilidad del sacrificio. Un egoísmo frío y estéril ocupa el primer puesto, y para disimular mejor, se oculta bajo el manto de un *humanitarismo* vago y nada sincero. El patriotismo necesita hoy una consagración que sea fecunda.»

**5. El patriotismo es virtud cristiana.**—El amor á la patria es una de las manifestaciones de la caridad cristiana; y donde ésta no existe, tampoco puede ser aquél vivo y sincero. En verdad, para que un hombre merezca el hermoso nombre de *patriota*, debe proceder por móviles desinteresados, sin buscar exclusivamente el medro, la gloria ó el encumbramiento personal, sino la felicidad y bienestar de sus conciudadanos y del suelo nativo. Ahora bien, sólo la caridad, que nos prohíbe constituirnos á nosotros mismos en centro único de todos nuestros actos, y nos ordena hacer el bien á los demás aun con detrimento de nuestras comodidades, de la salud y en ciertos casos de la vida misma, puede inspirarnos un afecto puro, generoso, heroico hacia la patria: por lo que bien podemos considerar al patriotismo como una de las formas de la abnegación y del sacrificio cristianos.

«La patria y la familia», dice Bocci<sup>1</sup>, «son después de Dios, la cosa más sagrada y á la que estamos más obligados aquí abajo. La vida la debemos primero á Dios, después á nuestros padres y en seguida á la patria. Por lo que, cuando peligra esta segunda madre, debemos sacrificarnos por ella,

<sup>1</sup> Reazione del pensiero.



ya que recibimos por su medio, como de la primera, la vida y el nombre. Debemos, por tanto, respetarla y amarla; debemos amar á la patria en la familia, y á la humanidad en la patria. Jesucristo nos dió el ejemplo.

«Él amó á toda la humanidad y por todos dió la vida. Y como vino á formar un solo pueblo y una sola familia, en cierto modo, de toda aquélla, no hizo del amor patrio un precepto especial; pero tuvo marcada predilección por su país nativo, en el que esparció la buena semilla y la luz de su palabra divina, y no se dirigió á otros pueblos sino cuando fué rechazado por el suyo. En su vida lloró una sola vez: no cuando fué insultado, flagelado, coronado de espinas y enclavado en la cruz, sino cuando al pasar junto á Jerusalén, recordó la ruina y desolación que le sobrevendría en castigo de su gravísima culpa.

«El amor patrio, infundido en nosotros por la misma naturaleza, fué consagrado por Dios en la antigua Ley; por lo cual no cesaba Moisés de exhortar á los hebreos á amar á su propia nación y á tener grande afecto á la tierra destinada por Dios para patria de su pueblo. Si leemos su historia, en especial el libro de los Macabeos, veremos hechos tan heroicos, que no han sido superados por los pueblos antiguos y modernos.

«Mas no ama á la patria quien la deshonra con la impiedad, la irreligión, el desenfreno de las costumbres y la rebelión contra la ley y autoridad divina y humana. Tampoco el verdadero amor patrio autoriza á odiar á las otras naciones, como lo hicieron los griegos y los romanos. Este amor habla llegado, en tiempo de Cristo, á tan vicioso extremo, que se pensaba corregirlo imponiendo á los hombres el deber de amar á los extranjeros. Y por esto se halla en el Evangelio el precepto de amar también á los enemigos, y no el de amar á la patria, que era muy amada. Este afecto es tan natural al corazón humano, que Jesucristo no creyó necesario hacer de él un precepto especial; así como, habiendo prescrito á los hijos que amasen á sus padres, no impuso á éstos el deber de amar á aquéllos; porque es casi imposible, naturalmente hablando, que no los amen.»

«Sólo la religión», dice Belanger<sup>1</sup>, «da al amor patrio un fundamento incommovible, á saber: el deber determinado, inflexible, á cubierto de los caprichos del espíritu y de las flaquezas del corazón. Dios mismo nos manda servir á la Patria lealmente, siempre, y en caso necesario hasta derramar nuestra sangre por ella. La doctrina católica prohíbe al soldado huir en el campo de batalla, bajo pena de culpa grave, y le enseña á transformar la muerte, mediante un acto de libre aceptación, en una especie de martirio; le muestra más allá de las angustias del sufrimiento la palma segura de una recompensa á la vez noble é incomparable.»

¡Ah! ¡cuántas veces no es el noble y desinteresado amor á la patria, sino la ambición, el egoísmo, la soberbia los que impulsan á obrar á muchos hombres que el mundo califica de patriotas! ¡Cuántas veces la sed de oro y de mando, el odio á la justicia, á la verdad, á la religión misma, las pasiones más desvergonzadas, en fin, se cubren con el hermoso manto del patriotismo, para oprimir al débil, arrebatar lo ajeno, esclavizar á pueblos inermes, conculcar los sacrosantos derechos de Dios y difundir por todas partes la desolación y la muerte! Esas glorias amasadas con lágrimas inocentes, esas estatuas levantadas sobre innumerables cadáveres y escombros de ciudades, son glorias detestables, son patriotismo de mala ley. Verdaderamente patriota es, por ejemplo, el obscuro soldado, el modesto ciudadano que combate y muere por vengar el honor nacional, por defender las instituciones patrias, por conservar y sostener los intereses de Dios. Expone su vida y se sacrifica, no por obtener un alto puesto en la sociedad, sino por estímulos nobles y desinteresados. Y ¡cuántas veces sus esfuerzos sirven sólo de pedestal á la gloria y aun á la ambición desmedida de los favoritos de la fortuna!

Por esto, al recorrer los fastos de la historia, nos convenemos de que han sido verdaderamente patriotas los que han practicado la sublime ley de la caridad, y que los que se han desviado de ella tarde ó temprano han deslustrado sus glorias y convertídose en especuladores ó en déspotas. Patriotas

<sup>1</sup> L'enseignement libre et l'unité morale de la nation.



fueron, entre otros, en España, Pelayo, San Fernando, los Reyes Católicos, Felipe II y Don Juan de Austria, heroicos defensores de la fe é integridad de la península ibérica; patriotas fueron, en Francia, Godofredo de Bouillón y Luis IX, héroes de las cruzadas, como también Juana de Arco, la ilustre libertadora de su país del yugo de los ingleses; patriota fué Guillermo Tell, que libró á Suiza de la tiranía de Gessler y es la personificación más alta y popular del sentimiento de independencia en los cantones suizos; patriotas fueron Sobieski, que deshizo á los turcos, rompió su campo en Chocim y sacudió para Polonia la dominación de la Media Luna; patriotas fueron Chlopicki, Radziwill y Krukowiecki, que lucharon sin tregua por la libertad de la ilustre é infortunada Polonia y sucumbieron gloriosamente, aplastados por la autocracia moscovita; patriotas fueron Wáshington, Bolívar, Sucre, San-Martín y demás gloriosos caudillos de la independencia americana, cuyos hechos legendarios son admirados de todos; patriota fué Portales, notable estadista y hombre público de Chile, dotado de talento y rectitud, de desinterés é inquebrantable firmeza de carácter, de convicciones religiosas arraigadas y de celo por el bien, dotes que, puestas al servicio de su patria, la libertaron de terribles males y fueron la base de la prosperidad y adelanto de la nación chilena; patriota fué García Moreno, el ilustre presidente del Ecuador y esforzado campeón de la causa católica, en cuyo pecho ardían á la vez el amor divino y el amor patrio. Por esto hizo progresar notablemente á su país, en todo sentido, hasta el punto de captarse el aprecio de las naciones católicas y las simpatías de los Sumos Pontífices Pío IX y León XIII, de ilustres obispos como el cardenal Pie, de escritores distinguidos como Luis Veuillot, todos los que han hecho cumplido elogio de las virtudes públicas y privadas del benemérito gobernante ecuatoriano. Para toda persona de criterio desapasionado, García Moreno es indudablemente *un hombre que honra al hombre*; un modelo de patriotismo y de honradez acrisolada, digno por lo mismo del respeto y afecto de cuantos estiman el saber, la hidalguía, la grandeza del alma y la virtud sincera.

Estos y otros hombres esclarecidos merecen el hermoso título de patriotas, porque buscaron sólo el bienestar del suelo natal y se sacrificaron por él. Muchos de ellos, á pesar de sus méritos y servicios, fueron víctimas del odio gratuito de los demás y, olvidados de los suyos, acabaron sus días prematuramente; ya que la ingratitud es de ordinario la corona que circunda en esta vida la frente de los grandes hombres. El desinterés, la generosidad, la virtud, en una palabra, son el distintivo del verdadero patriotismo, que obra proezas en favor de los otros. «Nadie puede ser buen patriota sino el hombre virtuoso, el hombre que comprende y ama todos sus deberes, y se esmera en cumplirlos», ha escrito Silvio Pellico<sup>1</sup>. «Nunca se confunde ni con los aduladores de los poderosos, ni con el maligno adversario de toda autoridad: ser servil y ser inobediente son dos excesos análogos.» «El hombre», añade Montesquieu, «cuanto más cree deber á la religión, tanto más cree deber á la patria.»

6. El apostolado seglar. — Aun cuando sólo la Iglesia es la depositaria de las verdades reveladas y la única llamada á enseñarlas, pública y oficialmente; aun cuando ella sola posee un verdadero sacerdocio encargado de comunicar á los fieles los dones de lo alto y de instruirlos en la ciencia de salvarse, esto no impide que los seglares, como hijos amantes de tan buena madre, se ocupen por su parte en defender sus creencias, en propagarlas y en ejercer lo que se llama el *apostolado seglar*, bajo la dirección y vigilancia de los pastores de la Iglesia. Si los ejemplos son más eficaces que las palabras, para inducir á otros á lo bueno ó á lo malo, preciso es atraer á los demás al recto camino, con una conducta irreprochable, con la insinuación afectuosa y con la activa propaganda de las sanas doctrinas.

«Como en nuestros días, á medida que ha disminuído la fe, han ido en aumento la corrupción y la impiedad, es necesario recordar á todos», dice un escritor moderno<sup>2</sup>, «aquella

<sup>1</sup> «Mis prisiones.»

<sup>2</sup> P. *Alarcón y Meléndez*, Del apostolado en las mutuas relaciones.



frase de la Escritura: *á cada uno de los hombres mandó Dios que cuidase de su prójimo* (Eclí. XVII, 12). En estas circunstancias todos convienen con Tertuliano: *in his omnis homo miles*; por el mero hecho de ser hombre, de ser cristiano, hay que ser soldado, hay que pelear, defender y defenderse. Nunca menos que ahora se ha de considerar cada individuo solo en el mundo y sin responsabilidad en la suerte de los otros... Con el buen ejemplo, con la buena índole, con los buenos sentimientos se ha de procurar abrir camino hacia el corazón de los otros, para llevarlos á Dios.»

«¿Por qué un joven cristiano», pregunto con el ilustre obispo de Orleans<sup>1</sup>; «por qué un joven lleno de fe y de inteligencia, no ha de aspirar á ese alto y gran destino de defensor de la Iglesia y sus doctrinas; y, sin dejar el mundo, sin consagrarse al apostolado del sacerdote, no ha de crearse un apostolado laico, y en esa lucha de doctrinas, en esa irrupción de todos los errores, no ha de aparecer en su puesto de combate, como un soldado de Dios y de la verdad en el mundo? Debería hacerlo tanto más cuanto que el campo de la apologética es inmenso: todo se convierte en arma contra la religión, pero todo á su tiempo sirve para su defensa: las ciencias se invocan contra el Cielo; pero todas igualmente dan testimonio de lo invisible y del misterio de Dios. Los mismos estudios profanos, cualesquiera que sean, pueden ir á la apologética, si se les da esta dirección. Y ¿por qué no dárseles?»

En la defensa de la verdad católica debe la juventud desplegar actividad y sobre todo energía; porque en la época actual se combate á la Iglesia y sus dogmas no tanto por impiedad cuanto por miedo. Sed católicos firmes, hay que repetir á menudo á los jóvenes de nuestros días; gloriaos de vuestras creencias; confesadlas y profesadlas con entereza en la plaza pública, en las aulas, en el campamento; no os avergoncéis de ser fieles á Dios; defended á la Iglesia de los ataques que recibe de adversarios y traidores; sed humildes en la fe y dóciles á la voz del deber; y entonces,

<sup>1</sup> Cartas sobre la educación intelectual.

como dice Montalembert, aun cuando el mundo no sea siempre salvado por vosotros, os obedecerá y se inflamará con vuestras palabras y ejemplos.

«¡Valor, juventud cristiana, la más hermosa esperanza de la religión y de la patria! repetiré con un elocuente escritor<sup>1</sup>; «acudid sin miedo á esos combates pacíficos en que encontraréis la mejor corona que puede ceñir vuestra frente, á esos combates que os prepararán palmas que recogeréis en el cielo! Sed siempre dignos de vuestros padres y predecesores en la fe; dirigid la mirada á esa arena en donde diariamente libra gloriosas batallas una falange de sabios y piadosos cristianos. En este siglo, en que los más repugnantes errores se difunden por todas partes, sería una debilidad guardar silencio. Los que están en posesión de la verdad, no deben tenerla cautiva, ni esperar en un reposo criminal las provocaciones insidiosas de la irreligión y el vicio. De pie y con cristiana entereza es preciso hablar, escribir y perseguir con todos los medios lícitos á esa multitud de escritores que adoran el *becerro de oro*; que prostituyen su pluma, poniéndola al servicio de doctrinas abominables y que se proponen apagar en el vulgo ignorante y apasionado los restos de una fe nada ilustrada y de una moral muy poco cimentada.

«¡Bendita sea la providencia que jamás ha dejado á su Iglesia sin defensores; que ha suscitado en todo tiempo un sinnúmero de héroes que, con lógica invencible y aun con su sangre generosa, han defendido los sagrados derechos de Dios y de su Iglesia!... La religión ha inscrito sus nombres en sus gloriosos anales: cuidad, jóvenes, de conocerlos, y de que el reconocimiento los grabe en vuestros corazones. Al ver á esos *fuertes de Israel* pelear con un celo tan vivo como ilustrado las peleas del Señor, despreciad los temores de los pusilánimes; animaos á los mismos combates, consagrando vuestra alma y corazón al conocimiento y amor de esta Iglesia contra la cual no prevalecerán jamás las puertas del infierno. Para ella todo vuestro amor, todos vues-

<sup>1</sup> Goudé, Le collége.



tros bienes, hasta vuestro último suspiro. *Si me olvidare de ti, ¡oh Jerusalén, entregada sea al olvido, seca quede mi mano diestra! Pegada quede al paladar la lengua mía, si no me acordare de ti, ¡oh santa Sion!* (Ps. CXXXVI, 5. 6.)»

Que el apostolado seglar está de acuerdo con la enseñanza católica y ha sido inspirado por ella, lo comprueban estas palabras de Mons. Schœpfer, obispo de Tarbes<sup>1</sup>: «La misión confiada á la Iglesia, ó sea la extensión del reino de Dios en el mundo, es obra de todos los cristianos; porque, para hacerse dignos de este reino, no basta establecerlo en el corazón de cada uno, sino que todos, convirtiéndose en apóstoles, lo han de difundir entre los demás, en cumplimiento de la ley de celo y caridad, que es la esencia misma del cristianismo. En el Evangelio leemos, en efecto: *Brille vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.* Estas palabras son de nuestro Señor Jesucristo. *Vosotros sois el linaje escogido, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo de las divinas conquistas.* Así habla San Pedro. *Dios que mandó salir la luz de en medio de las tinieblas, ha hecho brillar su claridad en nuestros corazones, á fin de que podamos iluminar á los demás y darles el conocimiento de la gloria de Dios.* Este es el lenguaje de San Pablo.»

«¿Qué más se necesita», observa el abate Moniquet<sup>2</sup>, «para justificar, suscitar y aplaudir el apostolado laico? Éste no es objeto de lujo del que puede prescindir la Iglesia; sino que cada uno debe ejercitarse en dicho apostolado, en su esfera de acción y en la medida de sus fuerzas.»

**7. El apostolado seglar en algunas naciones de Europa.**—Los seglares católicos de Europa, comprendiendo la importancia de este apostolado, han defendido los intereses de la Iglesia y propagado las obras de beneficencia con celo y constancia dignos de aplauso. Recordemos algunos hombres ilustres y hechos laudables de estos tiempos, para estímulo de la juventud cristiana.

<sup>1</sup> Mancelement de Carême.

<sup>2</sup> Apostolat laïque.

La Francia católica inauguró ó, por lo menos, hizo revivir, por medio de los simples fieles, el apostolado seglar, en el siglo XIX. En sus comienzos aparece José de Maistre, que da principio á la reacción católica sobre el filosofismo impío y devastador del siglo XVIII. Su acerada pluma, empapada en la filosofía y teología cristianas, deshizo las preocupaciones y odios que los enciclopedistas habían acumulado en contra de la Iglesia y de sus enseñanzas. Vino después Chateaubriand, quien hizo en el campo literario el mismo bien que de Maistre en el del pensamiento. Espíritu cultivado y recto, atrajo con su estilo seductor á muchos extraviados al terreno de la verdad.

Con Montalembert y Luis Veuillot el apostolado laico pasa del campo especulativo al de los hechos. No basta probar que el catolicismo es digno de amor y de veneración; se trata de devolverle su antiguo prestigio en la sociedad.

A la apologetica sucede la polémica. Montalembert lucha en el parlamento, y obtiene para los católicos preciosas libertades que valen más que los triunfos obtenidos por Napoleón en los campos de batalla; mientras que Veuillot hace de la prensa un baluarte inexpugnable contra los avances del error y el despotismo, hasta llegar á ser el primer polemista de Francia, en el siglo pasado.

Con Federico Ozanam y Alberto de Mun la acción católica pasa del terreno de las luchas parlamentarias y periodísticas al de la acción práctica y social. El primero funda las conferencias de San Vicente de Paúl, para socorro y consuelo de los pobres; y el segundo los círculos católicos de obreros, institución originaria de la Alemania católica, para moralizar á la clase trabajadora y suavizar su dura condición. Trátase, según el abate Moniquet, á quien debemos estos datos, de levantar mediante la observancia de los principios cristianos, á esta masa obrera tan cuidadosa de los intereses materiales, á la que fascina el socialismo con sus halagos y supuestas reivindicaciones. Por los resultados obtenidos, los círculos de obreros dan la medida de lo que producirán en el porvenir.



Fernando Brunetière, literato eminente, erudito como pocos, filósofo y lógico sin rival, ha venido también á engrosar las filas del apostolado laico. El ha penetrado en el laberinto de los errores del libre pensamiento, y los ha pulverizado con una precisión, una seguridad y una dialéctica atractivas y convincentes. Dotado de mirada penetrante, sin perder de vista la síntesis, desciende al detalle y al análisis, siempre guiado por una metafísica impecable.

Marcos Sangnier-Lachaud ha emprendido, á ejemplo del Conde de Mun, la obra de introducir en la clase trabajadora el espíritu cristiano, y los frutos obtenidos en corto tiempo son abundantísimos. Orador distinguido, agrada y persuade en especial á los jóvenes obreros, para los que ha establecido los *círculos de estudios*, en donde con la discusión, la enseñanza y el ejemplo, se fortalecen las almas para las luchas de la vida, conocen sus derechos y deberes, sin desertar de la religión que afirma el bienestar presente y la esperanza de la existencia futura.

El eminente literato, miembro de la Academia, Francisco Coppée, una de las glorias actuales del apostolado seglar en Francia, debió á una larga enfermedad volver al buen camino, como lo refiere él mismo en páginas incomparables. Desde entonces ha puesto su pluma, su talento y actividad al servicio de la Iglesia, mereciendo lugar preferente entre los que luchan hoy en el terreno de la prensa y de la acción por la defensa de la verdad católica.

León Harmel, llamado el *padre de los obreros*, ha procurado organizar sus fábricas y talleres conforme á las enseñanzas dadas á los patrones por León XIII en su admirable Enciclica *Rerum novarum*; de modo que reinan el orden y el contento entre los trabajadores, comprobándose así prácticamente que principalmente la doctrina católica puede evitar las huelgas y poner en paz á capitalistas y jornaleros.

Hemos nombrado únicamente á los jefes del apostolado laico en Francia, en la pasada centuria; pero ellos tienen además numerosos discípulos que en el campo de la apolo­gía, del pensamiento, de la discusión, de la caridad y de las obras cristianas trabajan por la verdad y el bien. Julio

Lemaître y Pablo Bourget, hombres de raro ingenio, de grande cultura intelectual y de espíritu recto, se acercan ya á las filas católicas, atraídos por los admirables escritos de Luis Veuillot, quien sigue ejerciendo por medio de ellos un benéfico apostolado. *Defunctus adhuc loquitur.*

Alemania es otro de los países de Europa en que el apostolado seglar ha obtenido gloriosas conquistas. Sabido es que la causa católica estuvo abatida en Alemania hasta mediados del siglo pasado; pero Dios suscitó á un hombre, Mons. Ketteler, obispo de Maguncia, quien encarnó en sí todo el movimiento social católico del Imperio. León XIII, después de leer sus sermones, en que trata también de la cuestión social, exclamó: «Ketteler era mi gran precursor.»<sup>1</sup>

El prelado maguntino tuvo activos colaboradores y sucesores en varios miembros del clero. El presbítero Dasbach, infatigable campeón de la causa católica, fundó importantes periódicos y contribuyó eficazmente á la asociación de los labradores, para contrarrestar la usura de que eran víctima sobre todo los aldeanos. El presbítero Kolping estableció las asociaciones de oficiales de artesanos, cuyo objeto es reunir á los artesanos jóvenes para ofrecerles las ventajas de la familia cristiana. El abate Cetty, muy conocido por sus monografías sobre la familia obrera, fundó un gran círculo, que en 1891 contaba 750 socios de la clase trabajadora; y principalmente el sabio presbítero Hitze, conocedor como pocos de las cuestiones sociales de actualidad, es, por decirlo así, el legislador de la clase obrera en Alemania y activo propagador de los círculos. La acción del clero alemán se ha extendido á todas las jerarquías de la sociedad y abrazado todas sus necesidades. Ya en 1890 pertenecían cincuenta eclesiásticos á los diversos parlamentos del Imperio, concurriendo varios de ellos al *Reichstag* y al *Landtag* prusiano, entre ellos los abates Hitze, reputado como uno de los mejores oradores del *Centro*, Winterer, autor de muchos libros sobre el socialismo, Schädler, uno de los miembros más eminentes del *Centro* y orador distinguido, Majunke, personalidad muy visible, redactor de la *Germania*;

<sup>1</sup> Cf. *Kannegiesser*, Ketteler y la organización social en Alemania.



los canónigos Müller y Franz, á más de muchos obispos y sacerdotes elegidos para los parlamentos de Prusia, de Baviera y otros Estados.

Los jesuitas han cooperado eficazmente, con su ciencia, celo y actividad, al florecimiento de la vida católica en Alemania. La elocuencia de los Padres Roh, Potgiesser, Anderle, Dosenbach, Frey, de Doss produjo verdaderos prodigios. El colegio de María-Laach fue un centro de altos estudios, y por lo mismo, un semillero de sabios, de apologistas, de teólogos, filósofos y literatos distinguidos, tales como los Padres Kleutgen, Deharbe, Wilmers, Lehmkuhl, Meyer, Pesch, Schneemann, Riess, Cornely, Kolberg, Baumgartner, Gietmann, Knabenbauer, Hummelauer, Cathrein, Dressel, Diel y muchos otros. *Las Voces de María-Laach*, excelente revista católica alemana, redactada por jesuitas, tratan con maestría de cuestiones religiosas, sociales, históricas, etc., siendo un arsenal de ciencia y de erudición.

Hablemos ya de los seglares. El jefe de ellos en la Alemania católica fue indudablemente Windthorst, quien, aunque endeble de cuerpo, tenía alma ardiente, prodigiosa elocuencia, ingenio bien cultivado y, ante todo, sincero amor á la Iglesia romana, de la que fué invencible paladín durante más de treinta años. El Centro católico, que con tanta energía y buen éxito ha sostenido los intereses católicos en el Reichstag de la Alemania del Norte, se reformó desde el año de 1871, teniendo por jefes á Savigny, Mallinckrodt, Mons. Ketteler, los dos Reichensperger y Windthorst. Él tuvo que habérselas con Bismarck, el famoso canciller de hierro, que, por medio del *Kulturkampf* se propuso aniquilar al catolicismo; pero una vez más *la iniquidad se engañó á sí misma*, y la persecución suscitada contra aquél es una de las páginas más hermosas de la historia eclesiástica en el siglo xix, habiendo Windthorst jugado en ella el primer papel.

Después de Windthorst sigue en mérito Mallinckrodt, el *Moisés del partido católico*, jefe también del Centro, que, dirigido por manos tan hábiles, se ha convertido en *fortaleza inexpugnable*; de modo que su voto é intervención son de suma importancia en las decisiones parlamentarias,

aun en estos días, en que acaba de morir su último jefe, el ilustre Lieber.

También la cuestión escolar, *la más candente y de actualidad*, ha apasionado los ánimos en Alemania. Los oradores del Centro han insistido en la necesidad de la escuela cristiana, y han reivindicado para el clero la influencia que le corresponde en ella y, sobre todo, la necesidad de la enseñanza religiosa. En la *Asociación de maestros de escuelas católicas*, el director Brück, de Bochum, ha dicho: «¡Valor, y adelante en la lucha por la escuela cristiana!» El profesor Thoenmes, de Wiesbaden, exclamó: «Defendáremos á capa y espada la escuela cristiana, y declaramos muy alto que la Iglesia tiene en ella un derecho histórico y divino.» El profesor Hœhler, de Niederseltz, discurría así sobre el mismo tema: «Se nos dice: ¡Los curas á la puerta de la escuela! ¿Y por qué? Si el cura es por sí mismo educador y profesor, ¿entenderá menos en cuestiones pedagógicas que otro que por azar no lleve sotana?»

Con el entusiasmo del clero y de los seglares ha progresado inmensamente en Alemania la causa católica; en pocos pueblos tiene ésta organización más acertada<sup>1</sup>.

También en Austria-Hungría se ha dejado sentir la acción del apostolado laico, dirigido por el clero. Fué un sacerdote, Sebastián Brunner, historiador y poeta satírico, quien fundó el periodismo católico en Viena, luchó sin tregua contra el jeseñismo y el judaísmo, consiguiendo despertar el sentimiento católico en las clases sociales, logrando aun el favor, la confianza y amistad del príncipe de Metternich, no obstante su absolutismo y principios liberales.

Los judíos se habían apoderado de la prensa, de la Universidad, del comercio y del gobierno, haciendo guerra tenaz á los católicos; pero esto mismo los estimuló á defender sus creencias é intereses, y dirigidos por Lueger establecieron periódicos, fundaron el partido antisemita, y consiguieron en 1891 enviar algunos diputados al parlamento, hasta que

<sup>1</sup> Cf. *Kannegiesser*, «El despertar de un pueblo», y «Los católicos alemanes».



el mismo Lueger logró ser elegido alcalde de Viena. Con motivo del proyecto de matrimonio civil obligatorio, acariciado por el ministro Weckerle, el episcopado húngaro manifestó su disgusto por tan peligrosa medida, y en el congreso católico de Komorn, del 23 de abril de 1893, el conde Ladislao Szapary trató de la paz entre la Iglesia y el Estado, y de que éste no debía perseguir á aquella. En las Cámaras del mismo año pronunciaron discursos elocuentes Mons. Schlauch y Mons. Hornig, en contra del matrimonio civil, con lo que el debate quedó aplazado; pero la cuestión fué nuevamente traída por el Gobierno al tapete de la discusión, con cuyo motivo se reunió, en enero de 1894 un inmenso congreso católico en Budapest (bajo el amparo del episcopado), al que acudieron, presididos por el cardenal Vaszary, hombres como Hunyadi, Zichy, Almasy, Esterhazy, Szechenyi, Szapary y otros nobles y valientes católicos. En dicha asamblea fueron reivindicados con firmeza y sabiduría los derechos de la Iglesia, entre otros por el Conde Esterhazy, M. Otcoska y el Conde Hernando Zichy. Posteriormente se organizó el *partido popular católico*, bendecido por León XIII, partido cuyo fin es el desenvolvimiento del sentido cristiano en todos los terrenos de la vida pública <sup>1</sup>.

La Bélgica católica ha dado igualmente grandes pruebas de vitalidad, sobre todo en los últimos veinte años del siglo pasado. La excesiva confianza, y acaso alguna desunión ó inercia de los católicos, dió origen á que los liberales escalasen el poder y diesen, una vez apoderados de él, leyes opresoras contra la conciencia católica, en especial en materia de enseñanza, lo que produjo la protesta del episcopado belga, presidido por el celoso cardenal Dechamps, y entusiasmó al partido católico, que, con su intervención activa en las elecciones, obtuvo mayoría en las Cámaras y derrotó en 1884 al ministerio liberal masónico, cuyo jefe era Frère-Orban.

Página muy gloriosa para los católicos belgas es la lucha sostenida durante cinco años contra la ley inicua sobre ins-

<sup>1</sup> Cf. *Kannegieter*, Judíos y católicos en Austria-Hungría.

trucción pública, dada en 1879, hasta dar con ella en tierra. Organizados y disciplinados convenientemente, secundaron la acción de los obispos, acudiendo á la prensa, á la propaganda verbal, al parlamento; fundando escuelas, ofreciéndose como profesores gratuitos, acudiendo todos, aun los pobres, al sostenimiento de aquellas, con lo que, á pesar de la resistencia y opresión del Gobierno, las escuelas oficiales quedaron desiertas, y la enseñanza católica ganó inmensamente.

La Universidad católica de Lovaina, una de las más célebres de Europa, amparada por el episcopado belga, es uno de los baluartes del catolicismo en el reino. Igualmente la Sociedad Científica de Bruselas, á que pertenecen muchos católicos, es un centro de altos estudios y de cultura intelectual.

**8. Para amar y defender á la Iglesia es preciso conocerla; su misión en el mundo.**—El hombre no puede sostener y amar una causa, si no la conoce y está persuadido de su intrínseca valía. La ignorancia de la constitución y excelsas prerrogativas de la Iglesia, da no pocas veces origen á que se la desestime y combata: por esto es necesario que la juventud adquiera un conocimiento exacto de ella.

La Iglesia, según la frase de León XIII, *es la obra inmortal de Dios* y una de las manifestaciones más sorprendentes de su amor al hombre; divina por su origen y constitución, se propone directamente la felicidad eterna y el perfeccionamiento moral de la gran familia humana. Mas para que pueda cumplir su misión, es preciso que su sabiduría y grandeza sean reconocidas y acatadas por los pueblos y sus gobernantes. «La Iglesia es la sociedad más perfecta que existe sobre la tierra», afirma Benoit; «sociedad esencialmente sobrenatural, continuadora, en el mundo, de la obra de Jesucristo, con el que forma una sola cosa, como la esposa es una con el esposo (Matth. XIX, 6) y el cuerpo es uno con la cabeza: ella es independiente de todas las sociedades humanas y superior á éstas por su fin y excelencia. *Reino de Dios y de su Cristo, reino de los cielos* establecido en la tierra, *reino que no es de este mundo* (Ioan. XVIII, 36), pero que está en



el mundo; imperio verdadero, aunque espiritual, creado por el Eterno y su Verbo para abrazar dentro de su unidad á todos los hombres; asociada á la misión y á los poderes de Cristo, y por consiguiente, á su autoridad soberana sobre los individuos, las familias y los Estados; encargada, en fin, de guiar al género humano á su fin sobrenatural.<sup>1</sup> La Iglesia es, por tanto, una sociedad verdadera, perfecta y plenamente libre, que tiene derechos propios y constantes, conferidos por su divino Fundador, derechos que ningún poder terreno puede limitar, ni circunscribir, ni estrechar en límites dentro de los cuales deban ejercerse<sup>2</sup>.

Tal es la Iglesia por derecho divino, tales son su constitución y altísimo ministerio en el mundo. Mas, no obstante su nobilísima misión, ninguna institución ha sido más combatida desde su origen, ni ha obtenido á su vez y en todo tiempo triunfos más gloriosos y repetidos. La Iglesia fué fundada en la época en que las águilas romanas cernían sus alas sobre la mayor parte del mundo entonces conocido; en la época en que Roma se elevaba como un coloso sobre pueblos sin número, que le rendían humilde vasallaje. Doce hombres pobres, desprovistos de ciencia y de poder humanos, pero llenos del espíritu de Dios y de sabiduría celestial, realizaron la obra estupenda de predicar el Evangelio y de extender por las tres partes del mundo la Iglesia fundada por Cristo. Pedro y Pablo penetran en Roma, y con su predicación y ejemplo conquistan, aun en el palacio de los césares, innumerables prosélitos; luego plantan la cruz en el Capitolio, y hacen de la metrópoli del mundo pagano la sede y asiento del pontificado supremo de la cristiandad. Y cuando los bárbaros destruyen el Imperio romano y pretenden reducirlo todo á escombros, la Iglesia se apodera de ellos, los instruye y moraliza; y una vez convertidos, los

<sup>1</sup> «La Ciudad antieritiana en el siglo XIX».

<sup>2</sup> El Papa Pío IX condenó como errónea la siguiente doctrina: «Ecclesia non est vera perfectaque societas plane libera, nec pollet suis propriis et constantibus iuribus sibi a divino suo Fundatore collatis; sed civilis potestatis est definire que sint Ecclesie iura ac limites, intra quos eadem iura exercere queat» (Alloc. *Singulari quadam*, d. d. 9 Dec. 1854. — *Syllabus* prop. XIX).

impulsa á fundar pueblos que luego sirven de base á la fundación de muchos de los Estados de la vieja y culta Europa.

«La Iglesia», dice Huysmans<sup>1</sup>, «ejerce una influencia como hereditaria en la humanidad, desde hace siglos. Desolada ó grandiosa, infunde en el hombre desapego á la vida presente; predica la paciencia, la contricción, el espíritu de sacrificio, empeñándose en curar las dolencias humanas con la vista de las heridas sangrientas de Cristo, prometiendo la mejor parte del paraíso á los afligidos, exhortando al hombre al sufrimiento, á ofrecer sus vicisitudes y tribulaciones á Dios, como un holocausto. Ella es verdaderamente maternal y tierna con los miserables, compasiva con los oprimidos, pero también enérgica é intransigente con los opresores y los déspotas.»

**9. Beneficios que la Iglesia ha hecho en el mundo.**—;Quién, al recorrer las páginas de la historia eclesiástica, no se siente enardecido y maravillado al contemplar los inmensos bienes que la Iglesia católica ha prodigado á los individuos y á los pueblos, en los casi veinte siglos que lleva de existencia; y esto á pesar de los obstáculos y de la guerra tenaz que el infierno, auxiliado por el error y el vicio, por la impiedad y el despotismo, le ha suscitado en todo tiempo? Ella salvó al mundo antiguo de la ruina en que le sumieron los bárbaros; ella rehabilitó á la mujer, degradada por el paganismo, y la hizo compañera del hombre; ella destruyó la lepra de la esclavitud, que había envilecido á una parte muy considerable del linaje humano; proclamó la igualdad de origen y de destino último de todos los hombres; promovió y enseñó las buenas costumbres; dulcificó los horrores de la guerra; favoreció el cultivo de las ciencias y de las artes; hizo, en fin, progresar á los individuos y á los pueblos, en el orden moral, intelectual y aun material.

«Al catolicismo», dice Balmes<sup>2</sup>, «se debe la idea clara, el vivo sentimiento del orden moral en toda su grandeza y hermosura; á él se le debe lo que se llama conciencia propia-mente tal; el verdadero fundamento del hombre, el aprecio

<sup>1</sup> Pages catholiques.

<sup>2</sup> El protestantismo comparado con el catolicismo.



de su dignidad, la estimación, el respeto que se le dispensa por el mero título de hombre; él ha desenvuelto en nuestra alma los gérmenes de los sentimientos más nobles y generosos, puesto que ha levantado la mente con los más altos conceptos, y ha ensanchado y elevado nuestro corazón, asegurándole una libertad que nadie le puede arrebatar, y brindándole con un galardón de eterna ventura.»

*Siempre combatida, pero nunca vencida*, provista de la autoridad y poderes de Dios, inmutable en su dogma y moral, continúa la Iglesia, tranquila é impertérrita, su excelsa misión, derramando á torrentes luz y bienestar entre sus hijos y entre las naciones que se alimentan de su divina savia.

¿Qué causa, qué institución, lo repito, más grandiosa que la Iglesia, y más merecedora, por lo mismo, de que la juventud la ame y defienda con calor y decisión? Si al recordar los hechos notables de la vida de los pueblos, si al tratarse de libertar de la tiranía á una nación injustamente oprimida, la juventud es la primera en reprobar tal injusticia y en prestar decidido apoyo á la causa del derecho y de la libertad; ¡con cuánta mayor razón debe ofrecer talento y aun vida misma en defensa de la Iglesia, tan perseguida como inicua-mente calumniada! ¿Quién no ama la pureza de la virgen, la constancia del apóstol, la abnegación del misionero, la sangre del mártir, la hoguera de la víctima? Pues la Iglesia representa en el mundo el sacrificio perpetuo, la fe desinteresada y dolorosa, y su historia es el poema de la persecución y de la muerte.

Es indudable que el amor á la religión y á la patria han de estar unidos en todo corazón bueno, y que la juventud debe hacer de ellas el objeto preferente de sus desvelos. *Pro aris et focis* han combatido los hombres de bien desde el origen de los tiempos.

## SEGUNDA PARTE.

# LA ENSEÑANZA.